



Discurso del Presidente de la Junta Militar de Gobierno,

Gral. René Barrientos Ortuño

**AL POSESIONAR AL NUEVO
COMANDANTE EN JEFE DEL
EJERCITO NACIONAL**

La Paz, 28 Enero de 1965

© Rolando Diez de Medina, 2016
La Paz - Bolivia

Señores Jefes y Oficiales:

En esta ceremonia de posesión del Comando de Ejército, confiado a nuestro dignísimo camarada el Coronel La Fuente, veo la oportunidad propicia para formular ciertas reflexiones sobre el proceso histórico que vive el país y la misión integradora que incumbe a las FF. AA.

He dicho integradora porque ésta es, verdaderamente, la tarea que nos asigna el destino: debemos reconstruir, unificar, reintegrar la nacionalidad sobre bases firmes. Hasta el 3 de noviembre la República ha vivido días de zozobra y de confusión bajo el signo del unipartidismo. El odio y la violencia separaron las tiendas políticas. El boliviano era enemigo del boliviano. No se pensaba en términos de patria sino en función de la particular conveniencia partidaria. Nosotros aspiramos a cambiar radicalmente ese panorama de divisionismo y pendencias fratricidas. Con el propio ejemplo de la unidad y armonía de las FF. AA., queremos demostrar que es posible la reconciliación de la familia boliviana. Pretendemos que el diálogo, la tolerancia mutua, la convivencia civilizada, son los únicos caminos para un auténtico progreso nacional.

Amplia transformación moral y de estructura

La Revolución del 3 de noviembre no es un simple golpe armado; es algo más: la expresión indeclinable de nuestro pueblo, encabezado por su Ejército, que desea operar una amplia transformación moral y de estructura en esta patria azotada por las luchas intestinas.

Nos unimos para luchar contra la tiranía y las camarillas, pero la batalla no ha concluido, más bien apenas comenzó. Ahora debemos unirnos y redoblar esfuerzos para seguir oponiéndonos a los divisionistas y a los bochincheros que, como decía el gran Bolívar, son la ruina de las democracias.

¿Cuál es la relación entre pueblo y FF. AA.? Es una, estrecha, indisoluble, de causa a efecto. El pueblo nos genera, nos da vida, exige que existamos; nosotros, a nuestra vez, respondemos por esa confianza del organismo nacional, somos su expresión y su defensa, estamos al servicio de la colectividad. No hay nación sin FF. AA., pero tampoco habría FF. AA. sin pueblo que las sostenga y les con fie su existencia. Antes se decía que el Ejército era el pueblo en armas; hoy la fórmula es más ancha y más amplia: el Ejército es el pueblo en marcha, porque no sólo defiende la integridad territorial y garantiza la democracia institucional, sino que contribuye, además al desarrollo económico y social de la comunidad. Y en las horas de crisis, como ésta que estamos atravesando, las FF. AA. cumpliendo su función tutelar asumen, transitoriamente, el poder político, para devolver al país su libertad, su plenitud democrática y garantizar el respeto a las leyes y la vida pacífica de los ciudadanos.

Somos pues, en la guerra, el instrumento defensivo de la Patria; y durante la paz la institución guardadora de las instituciones que se convierte en fuerza dinámica de un desarrollo nacional.

Devolver la fe nacional a todos

La Revolución del 3 de noviembre apenas es el primer paso en nuestra gran tarea histórica. Hemos concebido un nuevo orden jurídico, hemos restituido su libertad y sus derechos al pueblo; ahora nos falta emprender una lenta y difícil empresa de recuperación colectiva. Planes los hace cualquiera; lo complicado es devolver la fe nacional a todos, y asentar sobre bases sólidas y justas la ejecución progresiva de una verdadera reconstrucción política y social.

Debemos tener el valor para abandonar todo lo arcaico y lo inútil, y el coraje para asumir las nuevas responsabilidades que el progreso del país exige.

Para el militar moderno, no basta saber mandar. Hay que saber, también, persuadir, convencer, orientar a los demás. Y más cuando se asumen situaciones políticas o administrativas que nos obligan a comprender el ángulo de enfoque de las clases civiles. Tenemos que, actuar con prudencia y moderación, reuniendo la decisión y firmeza que nos enseña nuestra profesión, con la flexibilidad y paciencia de la ciencia política.

Procedemos como militares, pero debemos interpretar como piensa la ciudadanía. Este es el secreto del buen tránsito de las FF. AA. por el poder: asumir una responsabilidad en función de la moderna sociedad pluralista, donde hay que dar a cada cual su puesto justo y su derecho irrenunciable.

Tenemos ya en programa: la reconstrucción, la grandeza de Bolivia. Ahora debemos desarrollar un método de realizaciones prácticas para concluir ese noble objetivo. Y a él llegaremos sin desviarnos un punto de nuestro camino: ni las intrigas de los demagogos, ni las maniobras de los oportunistas, ni los cálculos falaces de los aprovechadores, podrán apartarnos de la buena senda, que es, por encima de todo, la de reunificación, el entendimiento de los bolivianos por encima de las divergencias que han impedido el ascenso normal de la nación.

Hay que efectuar un viraje fundamental de la antigua política de odios, hacia una nueva sociedad en la que todos pueden convivir y alternar sin miedo. Bolivia es un país escasamente poblado: nos faltan hombres. Y lo menos que debemos pedir y enseñar a nuestros compatriotas, es que aprendan de las FF. AA. lo que significan el espíritu de la unidad, la disciplina, el patriotismo desinteresado es escuela de honor y de eficacia que distingue el buen oficial.

Representamos el orden con justicia

Nosotros representamos el orden con justicia. Sabemos el peso y el valor de los partidos políticos; respetaremos y haremos respetar las sabias decisiones de los legisladores; conocemos lo que suponen las grandes fuerzas económicas, la banca, la industria, el comercio, las empresas privadas o estatales; pero debemos conceder, también particular importancia al rol que juegan en las sociedades modernas los sindicatos laborales y las grandes masas de los trabajadores que constituyen, hoy, fuerzas crecientes de todo organismo nacional. He aquí por que os digo que nuestras FF.AA. no deben perder nunca sus raíces populares, democráticas y revolucionarias, que les mandan servir al pueblo, identificarse con sus anhelos, y no permitir que ninguna clase de monopolios o privilegios de intereses suplanten la voluntad legítima de las mayorías obreras, campesinas y de clase media, verdadera columna vertebral de este país.

La política moderna ya no es solamente un acuerdo de señores ni de élites; ni solamente una tensión entre partidos. Es además una conjunción de masas y de líderes, donde se debe tener en cuenta tanto la capacidad de los conductores como las reacciones de las bases mayoritarias, abarcando la integridad del fenómeno social.

El motor de la Revolución Nacional

Queremos una Patria grande y libre para todos. Que terminen para siempre las camarillas y el unipartidismo. Una auténtica democracia se asienta en la voluntad compartida de todos y no se pone al servicio de grupos o intereses determinados.

Quiero ser más claro. Si el espíritu cristiano y la tradición democrática son los dos pilares fundamentales de nuestra república, el motor que la mueve debe tomar su energía, siempre, de la Revolución Nacional, esa causa sagrada que nació en los campos del Chaco y que ningún militar consciente puede ignorar, porque es la causa misma del pueblo.

¿Podemos sembrar una idea nueva entre los bolivianos? Yo creo que sí. Debemos difundir, con nuestro propio ejemplo, que todavía existen el honor, la dignidad, el espíritu de tolerancia, la abnegación, la responsabilidad del individuo y la necesidad de cooperación social. Esa nueva idea sería: basta de peleas y divisionismos. Sólo reconciliada y unida se salvará Bolivia. Queremos una Patria mejor para nuestros hijos.

Guardadores de la paz pública, enemigos de todo despotismo

Estamos colocados, por decisión del destino, en el punto en que cruzan la demagogia y la plutocracia, fuerzas destructoras del organismo nacional si se las deja proliferar. Los políticos y los hombres de empresa merecerán todo nuestro apoyo cuando subordinen su interés de clase a la necesidad colectiva. Seremos, pues, los militares, guardadores de la paz pública y del equilibrio social, enemigos de todo despotismo o abuso de poder. Moderadores de las pasiones, amigos de la ley y de lo justo.

Respetamos el orden jurídico, reconocemos los valores tradicionales, damos su mérito a los partidos y a los ciudadanos eminentes que labraron con inteligencia y sacrificio su personalidad, pero no debemos dejar de advertir que en toda sociedad nacional la sabia biológica se renueva sin descanso y que suben constantemente fuerzas en ascenso, sangre joven, nuevas corrientes políticas y humanas a las que se debe dar paso, para vigorizar el desarrollo orgánico de la República.

Es, la nuestra, una tarea ordenadora, de reunificación. No escucharemos a las sirenas que nos halagan con supremacías pasajeras, porque consideramos que la reconstrucción de Bolivia si parte del pueblo debe asentarse en el pueblo todo: servimos a la patria en su integral composición y no entraremos al juego de los predomios o las venganzas que atizan algunos.

Los militares ya no seremos instrumentos de discordia. Mantendremos la paz civil a toda costa.

Nuestra fuerza es la unidad

Nuestra accidentada historia nos enseña que cuando las FF.AA. se dividieron internamente, sobrevino el caos. Nuestra fuerza es la unidad. De ella nacen mística de patria y voluntad para la acción. Sin ella se malograrían todos nuestros esfuerzos. Quiero, pues, pedir, una vez más, que en este mar proceloso de la política que estamos surcando, mantengáis firme, imbatible el espíritu glorioso de nuestra institución armada, fundado en el honor y en la probidad, merced al cual saldremos limpios y prestigiados del poder.

Seremos fuertes mientras nos apoyemos los unos a los otros. En tanto sepamos recoger e interpretar los anhelos del pueblo. Mientras no nos desviemos de la línea patriótica de la revolución moral y estructural que la Nación reclama.

La obra realizada y los majaderos

Frenad las impacencias. Soportad con estoicismo las críticas. Estamos avanzando por el buen camino a pesar de los errores y tardanzas de toda obra humana. Antes de cumplirse los 3 meses de la Revolución Libertadora, hemos devuelto su libertad al pueblo, respetabilidad a las FF.AA.; hemos llamado a elecciones, reformaremos el estatuto electoral y aceleramos los planes económicos para que el país recupere de la postración a la cual condujo el régimen depuesto. Se ha reorganizado el Poder Judicial. Dimos preferente atención a las Universidades. El país recupera su crédito y su prestigio internacional. Estamos levantando Comibol de la quiebra en que estaba sumida. Abrimos las puertas a la inversión privada. Nos ocupamos de incrementar la minería mediana y privada. Acometeremos en gran escala la tecnificación en los campos y la alfabetización. Existe plena libertad de prensa. Los partidos y los ciudadanos gozan de absoluta garantía en sus actividades. Han regresado al país miles de compatriotas al amparo de la plenitud democrática del gobierno militar. Si esto no es hacer patria, quiere decir que los majaderos que nos critican son miopes de nacimiento.

Somos el escudo de la Patria

El militar sólo debe apoyarse en la columna de la jerarquía, de sus leyes y reglamentos, de la disciplina. Fuera de esto, todo es estéril, es traición.

Soplan vientos de confusión, tan conocidos ya a lo largo de nuestra atormentada historia. Pero las FF.AA., como las montañas que destruyen los huracanes, se alzan enhiestas para detener a los revoltosos y a los intrigantes. También el pueblo sabe distinguir quienes son los buenos ciudadanos y quienes los agitadores. El oficial y el soldado deben cerrar oídos al maniobrerismo politiquero. Su camino es la ley su objetivo la unidad del Ejército por sobre todas las cosas.

Nuestra Institución, templo de civismo, no da entrada a las discordias. Disciplina, austeridad, sobriedad: he aquí las virtudes del hombre de armas. Somos el escudo de la Patria y no aceptaremos jamás el mandato partidista ni las consignas encubiertas que tratan de infiltrarse en los cuarteles. Si el divisionismo, la ambición, y la falta de espíritu de cuerpo fueron, en el pasado, la causa de nuestros quebrantos, puedo aseguraros que desde el 3 de noviembre ha

comenzado una nueva etapa de honor, de unidad, de conciencia profesional que hora de nuestra FF. AA. esa grande y respetada Institución tutelar que consagran nuestras leyes. El militar de antaño, con honrosas excepciones, impreparado y proclive al politiquismo, era sorprendido y despojado de su espíritu institucional, sumido en confusión, para ser sometido, finalmente, a las artimañas de los sofistas. Hoy las cosas han cambiado: conocemos perfectamente nuestra misión legalista, estudiamos los problemas del país, contribuimos a su desarrollo y evitamos la tarea disociadora que nos presiona de afuera, porque tenemos conciencia de que sólo nuestra fortaleza interior puede devolvernos el afecto y el respeto de la ciudadanía toda.

Aunque muchos quieran negarlo, se ha producido una revolución dentro de la revolución. Las grandes conquistas sociales aceptadas por todo el país se mantendrán incólumes: minas nacionalizadas, reforma agraria, voto universal, reforma educativa, etc. Proseguiremos la magna obra preconizada por los gloriosos presidentes Busch y Villarroel. Es decir: el Ejército seguirá sirviendo la causa sagrada del pueblo boliviano por encima de los partidos y los grupos.

Hemos señalado al pueblo una fecha para constitucionalizar el gobierno de la nación dando evidente prueba de nuestra vocación democrática que ya nadie debiera poner en tela de juicio.

Ninguna influencia podrá alterar esta decisión y nuestra cita con la voluntad soberana de los bolivianos se realizará el 26 de septiembre, sin ninguna duda.

Los militares no retrocedemos: damos siempre el paso hacia adelante. Y el signo de la historia nos manda colocarnos en la línea revolucionaria, popular y democrática de este pueblo que despierta a la conciencia de su gran destino: volver al Mar para recuperar su prestigio y su fuerza de Nación.

Criticar es fácil, gobernar difícil

Criticar es fácil, gobernar difícil. Dice un famoso pensador francés que después de cada revolución el país vuelve a encontrarse a si mismo. Y es así: Bolivia se está reencontrando a través de las virtudes de su pueblo y de la fidelidad de sus FF. AA. Nada podrá apartarnos; ni al pueblo ni al Ejército, de esa línea rectificadora de honor y de verdad que volverá a encauzar nuestra Revolución Nacional por el buen camino: el camino de la moral, de la solidaridad social, de la justicia para el trabajador y para el inversionista, de la convivencia pacífica y tolerante entre bolivianos, de una nueva dinámica de acción que acelere el progreso material y técnico de la República.

Señor Coronel La Fuente: sé que sereis digno y capaz en el desempeño de vuestras altas funciones. Teneis todo el respaldo de la Junta Militar, del Alto Mando y de vuestros camaradas del Ejército. Que la Providencia os ilumine y que vuestra inteligencia y vuestro carácter os ayuden.

Y a vosotros, señores Jefes y Oficiales, solo puedo aseguraros que las FF.AA. cumplen serenamente su deber, a pesar de los medios imperfectos y las voces confusas que las rodean, porque toman su fuerza creadora de una mística de patria, de la conciencia profunda de su responsabilidad profesional, y del mandato revolucionario del pueblo que nos ordena: servir con dignidad, con honradez, porque la causa nacional es más grande que el interés de cada grupo o ciudadano aislado.

Se espera mucho de nosotros. Sabremos responder.

La Paz, 28 de enero de 1965.

**Discurso del Comandante en Jefe
de las FF. AA. General Alfredo Ovando Candia,**

**EN OPORTUNIDAD DE LA POSESION DEL NUEVO COMANDANTE EN
JEFE DEL EJERCITO Y DEL DE ESTADO MAYOR**

Excelentísimo señor Presidente de la Junta Militar de Gobierno, señores Ministros de Estado, Señores Generales, Jefes y Oficiales, señores Suboficiales:

Considero un grato privilegio tomar posesión en el alto cargo de Comandante de Ejército al señor Coronel Diplomado de Estado Mayor, Don David La Fuente, quien después de haber desempeñado con brillo y acierto el Ministerio de Planificación de la Excelentísima Junta Militar de Gobierno se reintegra a la función estricta y castrense de acuerdo a disposiciones de alto mando. Asimismo al Sr. Jefe de Estado Mayor del Ejército Sr. Cnl. diplomado de Estado Mayor, Don Marcos Vázquez Sempértegui, quien regresó al país después de cumplir con éxito su misión como Agregado Militar en el Ecuador.

La regia personalidad del nuevo Comando de nuestro Ejército, templado en severos yunques de consagración al servicio de la patria y de sus Fuerzas Armadas, no necesita ser subrayada, pues todos conocemos las virtudes singulares que la conforman. El solo hecho de su designación en estos momentos cruciales para la bolivianidad y las Fuerzas Armadas que, confrontan la ardua empresa de edificar el futuro sobre los escombros de una herencia de distorsión que amenazó socavar los más firmes ideales institucionales de la patria, basta con la elocuencia de las realidades para decir lo mucho que la patria y su institución tutelar esperan de los señores coroneles Don David La Fuente y Marcos Vázquez. Dejando de lado la sobriedad castrense que debiera inspirar mis palabras quiero en esta oportunidad tan señalada, hacer referencia a las graves responsabilidades que en este momento histórico confrontamos quienes hemos consagrado la suma de nuestros esfuerzos e inquietudes al servicio del país y la edificación de su futuro.

El 4 de noviembre del pasado año tuvimos que responder al clamor popular y pretendimos dentro de la historia de nuestra patria el inicio de una etapa de profundas reestructuraciones que, inspirados en el común denominador del servicio de los permanentes intereses nacionales, unificara nuestro pueblo y lo condujera por austeros caminos de dignificación en todos sus niveles.

Dimos de nosotros, de estas Fuerzas Armadas, que son el pueblo mismo en servicio de sus más caros ideales, cuanto la patria y el momento histórico lo requería. Abandonamos nuestros cuarteles sin más pretensión y anhelo que el de retornar a ellos apenas la democratización de las instituciones nos lo permitieran y en esta empresa que será juzgada por las generaciones venideras, no escatimamos esfuerzo para el logro de un ideal que palpitaba en la viviente entraña de nuestro pueblo el de unificar intenciones de una ciudadanía que solo busca la superación de sus niveles morales y materiales, ajenos a la lucha política y al apetito partidista. Captamos esenciales realidades y comprendiendo la irreversibilidad de la historia, comprendimos que la revolución iniciada hace lustros por German Busch y continuada más tarde por Gualberto Villarroel no debía ser traicionada.

Por ello en determinada ocasión afirmamos que la revolución del 4 de noviembre era una revolución dentro la revolución. Lo hicimos en el firme convencimiento de que las Fuerzas Armadas lejos de ignorar los remosados ideales que indujeron a nuestro pueblo a conductas y a conquistas irrenunciables, tenían por meta la depuración de esas conquistas ya incorporadas al patrimonio de los bolivianos. No estábamos en servicio de ningún partido y no lo estamos tampoco ahora. Por encima de la demagogia de los unos y las ambiciones indisimuladas de los otros, nos constituimos en centinelas alertas de la realidad histórica cuyas realidades no podíamos ignorar.

La revolución dentro de la revolución no es una frase hecha, tiene hondo significado filosófico, político y social. No significa continuismo en métodos viciados, no es tampoco el madero de la salvación de los que naufragaron por sus propios errores, pero tampoco significa odio indiscriminado o desconocimiento de lo bueno que se ha hecho o desconocimiento de la gente honesta que existe, significa más bien moralización, consagración al deber, trabajo honesto y honrado, anulación de privilegios y de comanditas, justicia social, acercamiento a los pobres y a los oprimidos, libertad, dignificación del hombre. Por eso esta mañana al tratarse el Código de Minería interpretando el sentir de las Fuerzas Armadas y a nombre de ellas, puse como ponencia que después de un determinado tope de ganancia los trabajadores deben compartir las ganancias de las empresas. Por eso y para eso hicimos una revolución en cuyos ingredientes nadie podrá acusar que hubiéramos utilizado levaduras de odio y los materiales subalternos de la ambición y el apetito.

La imagen de Bolivia el 4 de noviembre como alguien dijo era desoladora, finanzas malas, tesoro exhausto, costo de vida elevado, salarios de hambre, ningún progreso, retroceso sí, industrialización cero, desmoralización total, pueblo oprimido, inerte, y asolaba la muerte en el campo, las ciudades y las minas, por doquier se libraban jornadas de muerte y agonía para la liberación de Bolivia, política cínica, falaz, y opinión incierta y desorientada.

Hoy no toca hacer el recuento de las realizaciones logradas a través del breve camino recorrido desde el 4 de noviembre y es innegable que nuestros propósitos se hayan visto seriamente frustrados, el desarme espiritual y el reencuentro de los bolivianos han sido frenados por apetitos subalternos y por agazapados intereses de grupo que no han sabido y no han querido aquilatar la magnitud de las responsabilidades que importa la convicción de la opinión ciudadana. Cuando se debiera pensar en la patria y solo en ella se hacen cálculos y se viven conveniencias de grupo o caudillos. La tarea constructiva frecuentemente se ve frenada por incomprendiones, últimas voces de la demagogia y otra de ocultos propósitos. En suma nos encontramos empeñados en una lucha incruenta pero decisiva, en la cual no recibimos más aliento que el de nuestros ideales patrióticos y el del apoyo de una conciencia popular que nunca se equivoca, ahí radica nuestra fuerza que tonifica sobre todo nuestro espíritu la unidad de las Fuerzas Armadas, más conscientes que nunca de sus deberes para con nuestra patria, cuyo futuro en gran manera, será obra de la serena percepción de nuestras responsabilidades, y nos tonifica sobre todo saber que el pueblo al que nos debemos en última instancia comparte nuestros desvelos y comprende la limpieza de nuestras intenciones. No necesitamos reiterar que las Fuerzas Armadas de la nación en todos sus niveles se han trazado conciencales normas y métodos irrenunciables.

Anhelamos retornar a la dinámica constructora de nuestros cuarteles y gabinetes de trabajo, rodeados del respeto de nuestros conciudadanos. Nos asiste la seguridad que engendran las más acendradas convicciones y podemos afirmar que las armas que la patria nos a confiado, nunca se verán manchadas, ni por el lodo de la traición ni por la sangre que derrama la violencia siempre infecunda.

El Alto Mando al que hoy se incorporan los señores Coroneles Don David La Fuente y Marcos Vázquez, en el elevado cargo de Comandante de Ejército y Jefe de Estado Mayor respectivamente, no desmayará en su empeño de ser vivo intérprete del pueblo al que pertenece, unidos por el inmarcesible ideal al servicio, venceremos todas las adversidades, y soldados herederos de una tradición heroica, seremos los obreros que edifiquen el futuro de paz y grandeza que Bolivia demanda de nosotros.

La Paz, 28 de Enero de 1965.